

Tierra y Libertad

Barcelona, 6 de Febrero 1932

SEMANARIO ANARQUISTA

Año III • Núm. 50 • 15 CÉNTIMOS

Federación Anarquista Ibérica

En diversos pueblos de España ha estallado ya la revolución anarquista. El comunismo libertario, tildado de utópico por las mentes atrasadas y vendidas al capitalismo, ha sido una realidad viviente e incontrovertible.

La revolución tan soñada y querida por las masas humildes, acaba de asomarse esplendorosa y prometedoramente por los altos picos de los Pirineos catalanes. La revolución que acabará y barrerá las monarquías, las dictaduras y las repúblicas, avanza orgullosa, arrogante, y nadie ni nada la detendrá.

Tantos siglos de opresión y represión contra los elementos más destacados de las ideas de liberación humana, van a ser prontamente recompensados, con la implantación de sus propias ideas. Tantos siglos de sufrir vejámenes los pueblos, cometiéndose con él los más refinados tormentos de criminalidad salvaje, asesinándose cobardemente—incluso en plena república española de trabajadores—a indefensas mujeres, criaturas y ancianos, han reafirmado en él las ansias de despojarse de todas las tiranías, sean blancas, rojas o amarillas.

Toda la semilla vertida y regada con la sangre de los más ilustres pensadores y abnegados camaradas, surte sus frutos, germina, fecunda los campos más yermos en las ideas, penetra en el cerebro de los seres de todo el continente.

Figols, Berga, Cardona, Sallent, Suria, Sallent, Castells de Cabras, Alcoriza, marcarán con letras de oro las páginas de la historia revolucionaria y liberadora de España.

Nadie ya cree en las virtudes del régimen republicano. Con la misma energía y convicción que el pueblo combatió a la monarquía, hoy combate a la República. El desconcierto en las esferas gubernamentales horripila incluso a los mismos políticos. La prensa, siempre vendida al que más paga y al que más injusticias comete, se ha hecho cómplice absoluta de la actitud del gobierno y ha contribuido a que la represión contra los revolucionarios haya alcanzado ya verdaderos caracteres de inhumanidad y oprobio.

Esa prensa vergonzosa y vergonzante, prostituida siempre por el oro de los curas y los millonarios, que lo mismo se vende al Borbón que se vende a Zamora, con una coincidencia sospechosa y miserable, no ha vacilado ni un momento en lanzar bocanadas de insidias y falsedades para desprestigiar la inmarcesible solvencia y honradez de los libertarios sublevados. La prensa monárquica y la prensa republicana, la socialista y la rezagada, en un escandaloso frente único, nos ha acusado de concommitancias con la reacción y vendidos al oro extranjero. Todos lo que pretendían atentar contra nuestra dignidad e independencia ideológica y revolucionaria, saben sobradamente que siempre hemos actuado desde un plano propio en colaboración con las masas.

Los que en las épocas de la dictadura Alfonso-Primo-Anido querían pasar por amigos nuestros se han convertido—una vez conseguidos sus fines particulares—en feroces enemigos de la C. N. T. y la F. A. I.

Afortunadamente, el pueblo se ha dado cuenta del engaño que es víctima y no cree ya en las virtudes del régimen republicano. Huelgas, manifestaciones, reuniones, todos los movimientos de liberación y de protesta son ahogados en sangre. El proletariado sufre las mil desventuras y humillaciones. Después de la burla, el escarnio. Después de los atropellos el crimen.

La República nació podrida, se ha deshonrado en su infancia. Encarna un negro régimen de oprobio, de chantaje, de asesinatos a sueldo. Contra la voluntad de un pueblo no se puede gobernar, y el pueblo no quiere república. Quiere vivir mejor, quiere ser libre, dueño absoluto de su voluntad y sus destinos. El pueblo está más que capacitado para vivir sin gobiernos ni ataduras que oprimen.

Está demostrado plenamente que no somos los anarquistas quienes propagamos el crimen y practicamos el terro-

rismo. Hemos tenido ocasión de ponerlo en práctica. Han estado pueblos enteros bajo nuestra tutela días y días, en poder de los revolucionarios y ni un solo acto está en pugna con nuestras ideas. No han habido venganzas personales a pesar de tener tantos odios acumulados y tantos agravios que vengar.

Se empujaron las armas gallardamente, precisamente en previsión de que personas extrañas cometieran desmanes o pretendieran desmoralizar la revolución anarquista. Se empujaron los fusiles para dispararlos, si preciso hubiera sido, contra el enemigo común en caso de resistirse con empeño a querer detener la marcha revolucionaria. Con un retén de rencores a nuestro favor, cuando se desarmó a los caciques no fueron objeto de malos tratos, ni empleamos la crueldad que ellos tantas veces han empleado contra nosotros.

Se nos podía tildar de asesinos profesionales, de bandidos con carnet, de atracadores, pero hoy la realidad ha sido contra tales afirmaciones, y sin mácula de pecado, podemos presentarnos otra vez a la batalla, la última batalla, más valientes, mejor predispuestos, mejor preparados, con más razón y con todas las posibilidades de una triunfo definitivo.

Todos aquellos que creen que la revolución social ha sido sofocada, pronto tendrán ocasión de reconocer el error que padecen. Por más trabas que se pongan a ella; por más represiones asesinas; por más que se llenen las cárceles flotantes de camaradas; por más destierros y crímenes que se cometan, la revolución seguirá su curso, el proletariado implantará un régimen de más libertad y más justicia; la revolución social es ya incontenible.

¡Trabajadores! ¡Pueblos de España! ¡Viva la Revolución Social! ¡Viva la Anarquía!

Por la Federación Anarquista Ibérica.

EL COMITÉ PENINSULAR
(De «Solidaridad Proletaria»)

Urgente

El Comité Peninsular desea que todos los grupos y Federaciones anarquistas se pongan inmediatamente en relación con él, para un asunto de trascendencia interés e importancia.

“El Dolor Universal”

Se ha puesto a la venta este valioso libro de Sebastián Faure, al precio de 3 Ptas. ejemplar. De 5 ejemplares en adelante, hacemos el 25 por ciento de descuento.

Los pedidos a nuestra administración



SURIA. Obrero libertario parlamentando con el comandante de las fuerzas, frente a la Casa Ayuntamiento, donde se ve ondear la bandera roja.

Después del intento revolucionario

Ha terminado ya el movimiento revolucionario que un grupo de luchadores decididos iniciara en el Alto Llobregat tratndo de instaurar un régimen de igualdad y justicia. De la rebelión sólo queda, aparentemente, el recuerdo y un puñado de hombres, que sueñan en cárceles y barcos que el triunfo anhelado llegará en día próximo. Y queda también—y esto para siempre—algo más importante, un hecho de cuya trascendencia todavía no se ha dado la gente perfecta cuenta: que, por primera vez

sobre los representantes del Estado—guardias, jueces, curas, etcétera—y los despedazaran sin compasión.

Pero aquellos hombres—espíritus idealistas y generosos—, una vez triunfantes, proclamada la revolución social, no pensaron en lavar viejas afrentas; no quisieron derramar sangre, no se preocuparon siquiera de humillar a quienes tantas veces les humillaran. Se apoderaron de las armas, para impedir el ataque del adversario; establecieron vigilantes para no ser sorprendidos, y,

neros, mirando fijamente al cura, exclamó:

—(No hay un quinto mandamiento que prohíba matar?

El cura, confuso, no supo qué contestar. Los revolucionarios registraron la casa, buscando más armamento. Y encontraron dinero: unos miles de pesetas, cantidad fabulosa en comparación del sueldo de los mineros.

Alguien habló de la pobreza del carpintero de Galilea. El sacerdote pretendió excusarse de tener tanto dinero, y dijo:

—No es mío... Lo tengo aquí guardado, mas no es mío... Pero lléváoselo si queréis...

Un huelguista replicó:

—No queremos dinero; no lo necesitamos. Buscamos únicamente armas, para defendernos si alguien nos ataca.

También el juez les ofreció dinero. Pero también lo rechazaron los anarquistas. No eran ladrones que anstaban las casas para desvalijarlas. Eran idealistas que luchaban para conseguir una humanidad mejor.

Revolucionarios, pero no asesinos.

En Sallent, Suria, Berga, Figols y Cardona, los revolucionarios fueron dueños de la situación durante unos días. Y en ningún sitio hubo robos, asesinatos ni violaciones. No hay un sólo muerto que señale la crueldad en los eternamente perseguidos; un robo que demuestre deseos de lucro; una violación que marque ansias de satisfacer bajos apetitos.

En todos los pueblos se da el mismo espectáculo. Los trabajadores saludan con alborozo el triunfo de la revolución social. Se incautan de los Ayuntamientos, izan banderas negras o rojas, anulan el dinero, compran por medio de vales, etc. Pero en ningún sitio se comete un saqueo o desmán; ni en una sola aldea creen los trabajadores que el éxito ha de librarles de la dura faena cotidiana.

En todas las partes se deja tranquila mente a la Guardia civil, refugiada en sus cuarteles, y a los burgueses, encerrados en sus casas. La revolución ha triunfado, y los revolucionarios no pueden ponerse a la altura de los antiguos opresores, obligando a los demás a compartir sus ideas.

Ya se irán convenciendo—piensan— a medida que transcurran los días. Pronto su conciencia les hará ver que no pueden seguir viviendo del trabajo ajeno. Ese día vendrán a laborar a nuestro lado. Y nosotros les recibiremos con los brazos abiertos, como hermanos a quienes los prejuicios de una educación equivocada, propia de una sociedad injusta, les permitió creer que no debían trabajar, que habían de estar ociosos o pasearse con un fusil al brazo, dispuestos a matarnos en cuantos nos moviéramos.

Así pensaron los revolucionarios del Cardona y el Llobregat. Y con arreglo a ese pensamiento actuaron. Por eso ni un solo muerto marca con tóxicos colores el triunfo de la revolución social en varios pueblos de Cataluña.

Y por eso el movimiento alcanza su plena significación. Por vez primera el comunismo libertario ha sido realidad plena y viva. Y en todos los sitios las ideas generosas, nobles y cordiales del anarquismo utópico han brillado deslumbradoramente, por encima de odios, rencores y luchas.

Tiene lo ocurrido en esos pueblos tan capital importancia, ha de influir tan decididamente en la marcha de la revolución española, que merece ser contado detenidamente. Para que se vea claramente la limpieza de alma de esos luchadores que en las estrabaciones pirenaicas quisieron hacer triunfar la revolución, esa revolución que será o no irrealizable, pero cuya nobleza y generosidad ha quedado demostrada indiscutiblemente en una región que bordean los gigantes picachos que se alzan sobre Berga y Figols.

EDUARDO DE GUZMAN
(De la Tierra)



FIGOLS. Obreros detenidos, dispuestos para ser conducidos a Barcelona.

en España y en toda la Europa occidental, el comunismo libertario ha sido plena realidad en unos cuantos pueblos.

Esta y no otra es la gran importancia de la rebelión de Figols; lo que le hará pasar a la Historia, marcando las estrabaciones pirenaicas de la cuenca del Cardona con una viva luz que sea enseña y guía para cuantos de ahora en adelante se lancen a la lucha para conquistar un porvenir mejor.

La anarquía ha sido realidad durante una semana. Y por ningún lado han aparecido los asesinatos, robos y desmanes que, según sus detractores, son la esencia misma del anarquismo.

Figols, primer rebelde

Figols fué el primer pueblo que se lanzó a la revuelta y el último en que entraron las tropas. La aldea ha estado durante cinco días—de lunes a sábado—viviendo en régimen de comunismo libertario.

En la cuenca miera, donde el movimiento ha triunfado, trabajan hombres de las más varias procedencias. Pero hombres todos que siempre sintieron sobre sí el peso de una explotación, y contra cuyas reclamaciones—por justas que fuesen—se alzó en cada momento el andamiaje de un régimen. Revolucionarios todos, sindicalistas en gran parte, los trabajadores que se lanzaron a la pelea eran eternos rebeldes, perennemente perseguidos por todas las injusticias, que conocían la mina y la cárcel, el barco y la Guardia civil.

Parecería lógico que esos hombres en el momento del triunfo, cuando creyeron derrocado definitivamente el régimen burgués, vengaran sangrientamente los enteros de opresión; que, impulsados por el odio, se lanzaran

dejando a todo el mundo en absoluta libertad, continuaron trabajando lo mismo que la víspera, sin figurarse un solo instante que el triunfo de la revolución social habría de librarles de la penosa tarea de arrancar carbón de las entrañas de la tierra.

Y esto lo hacían los anarquistas, hombres al margen de todas las leyes, motejados constantemente de asesinos, ladrones y malhechores profesionales. Y a su frente, enseñándoles con el ejemplo, estaban los jefes de la rebelión, los revolucionarios, que—según los Muñoz Seca de la Prensa, del Parlamento y hasta del Gobierno—sólo se lanzan a los movimientos, impulsados por motivos inconfesables, para satisfacer los más turbios apetitos.

Ante los hechos, yo tengo que hacerme una pregunta. Y es que si católicos y monárquicos, aliados, hubiesen triunfado en cualquier pueblo de Guipúzcoa o Navarra, ¿se habrían comportado los hombres de «orden», los cristianos que dicen seguir a Jesús, en forma tan respetuosa y humanitaria? La respuesta tiene que ser negativa, porque por inminente cruza rápida la repusiva figura del cura Santa Cruz.

El cura de Figols y el quinto mandamiento

Cuando en la madrugada del lunes los revolucionarios hubieron triunfado en Figols, se dirigieron a las casas en donde les constaba la existencia de armas de fuego. Entre ellas estaba la del cura. El sacerdote les recibió temblando, creyendo llegada su última hora. Los anarquistas le tranquilizaron y le indicaron sus deseos. El cura comenzó a buscar, y a los pocos momentos entregaba a los rebeldes un revólver y una escopeta. Al recibirlos, uno de los mi-